

# LA NOVELA FILM

N.º 166

30 cts.



## EL QUE FUÉ SU MARIDO

POR

NICOLÁS KOLINE

# LA NOVELA FILM

Redacción } Vía Layetana, 12  
Administración } Teléfono A 4423

BARCELONA

Año IV

N.º 166

---

---

## EL QUE FUÉ SU MAFIDO

Estupenda producción escrita y escenificada por  
**Robert Pegus**, dirigida por **NOE BLOCK** e inter-  
pretada por el gran actor

**NICOLÁS KOLINE**

---

Producción de la

**SOCIÉTÉ DES CINÉROMANS**

---

### Exclusiva especial GAUMONT

Paseo de Gracia, 66 - BARCELONA

---

Con esta novela se regala la postal de  
**MARY ALDEN**

# El que fué su marido

## Argumento de la película

Nieve en los campos... Y en medio del paisaje desolado de invierno, un punto negro; uno de esos miserables despojos humanos a los que nuestra civilización refinadísima se cree con derecho a dar con el pie: un vagabundo viejo, raído y mecánico que anduvo, anduvo hasta que las altas torres y los orgullosos edificios de la gran ciudad le rodearon como monstruos prontos a tragárselo.

Diluviaba. Venteaba. Helaba. El ex-hombre que tenía un nombre ridículo de sainete: Mosquín, se acercó a la luz que despedía la puerta de un gran "Music-hall" elegante.

Prohibida la reproducción

Revisado  
por la censura gubernativa.

Al poco rato, un auto se detenía frente al "cabaret". Y del interior saltaron cobijándose en los grandes paraguas de los "grooms" un apuesto joven y una hermosa mujer.

Mosquín se aproximó tendiendo tímidamente la mano, y la señora le puso una moneda. Pero tras del vagabundo, como podenco tras del conejo inofensivo, iba el temible policía Melitón Feroche, que se apoderó del pobre Mosquín en el momento que éste iba a marcharse después de la limosna recibida.

—¿Por qué se lleva usted a ese hombre? — preguntó la señora.

—Lo siento mucho, señora — replicó el policía—, pero usted no debe ignorar que la mendicidad está prohibida.

Y el buen policía partió con el vagabundo agarrado por el cuello.

Cuando, después de satisfecho al taxista el importe del trayecto, el joven se disponía a reunirse con su acompañante, ésta se negaba a entrar en el "Music-hall" profundamente disgustada.

—¿Pero qué quieres que le haga yo, hija policía y obligale a soltarlo.

—¿Pero no ves el chaparrón que cae? mía, si han detenido a ese mendigo?

—Muy sencillo, amigo mío... Corre tras ese

—¿Entonces puede más en ti el temor de

mojarte que el deseo de impedir que se cometa una injusticia?

Tras de algunas vacilaciones más, el joven se decidió a arrojarle a la inclemencia del temporal para complacer a la muchacha. Afortunadamente, no muy lejos divisó a sus hombres y los abordó rogando al policía que dejase en libertad al detenido. Sacó su tarjeta y se la tendió.

Pero el policía a pesar de haber leído en ella: *Andrés Rivoley, abogado, Tribunal de Apelación*, zarandeó enérgicamente a su preso y le gritó:

—¿Te atreverás a decir que aquella señora no te dió dinero?

El mísero afirmó con la cabeza. La del policía expresó descorazonamiento y convicción.

—Ya lo ve usted: mendicidad, vagabundeo, cinismo... Qué se yo cuantas cosas más... Dispense usted, señor abogado, pero debo cumplir con mi deber.

Andrés se encogió de espaldas y se volvió. El policía y su preso continuaron su camino bajo el aguacero.

A la puerta del "Music-hall" la joven esperaba impacientemente el regreso de su amigo.

—¿Lo ha soltado? — preguntó inmediatamente al apercibirlo.

—No, porque es un caso que está dentro del Código Penal... El policía tiene que cum-

plir con su deber, querida Magda... ¡*Dura lex, sed lex!*

La señorita tuvo un gesto vivísimo de desaliento y de disgusto.

—Por favor, no lo tomes así — imploró Andrés, apurado—. Si tanto interés te inspira ese pobre hombre, yo lo defenderé ante sus jueces.

—¡Ya veremos si es verdad eso, señor abogado! — repuso ya algo más tranquila Magda, envolviéndose de nuevo en su abrigo y dirigiéndose a un *taxi*.

—¿Pero es que no vas a entrar en el “dancing”?

Por toda contestación Magda cerró estrechamente la portezuela del coche que arrancó rápidamente.

Y Andrés, bajo las piruetas eléctricas del rótulo del “Music-hall”, se quedó atónito y solo, y exclamó:

—¡No lo comprendo!... ¡Palabra de honor que no lo comprendo!

Pero al fin y al cabo, Andrés había ido allí a divertirse, y solo o acompañado estaba dispuesto a hacerlo.

Penetró. En el “dancing”, entre “cocktails” y champán triunfaba la epilesia alegre del charlestón.

Juanito Gerard era un “habitué” de todos los lugares de diversión de París. Tipo jovial,

de carácter abierto y explosivo, se había ganado entre sus numerosos amigos y sus incontables amiguitas, el sobrenombre de “Pum”.

Subido encima de una de las mesas, Juanito arengaba a sus huéspedes:



*Juanito Gerard era un “habitué” de todos los lugares de diversión de París.*

—¡Camaradas de crápula! ¡Váis a presenciar las formas esculturales y los graciosos movimientos de Ruth Zackey!

Y mientras la danzarina prodigaba sobre el mármol del pavimento sus artísticas con-

torsiones, la alegría de "Pum" triunfaba entre sus amigos.

Andrés Rivoley, que se aburría lejos de la agradable compañía que tan inesperadamente como absurdamente había perdido, se sentó a una mesa vecina. Pero ya "Pum" lo había tomado por su cuenta y obligándolo a beber le preguntó:

—¿Qué cara es esa, Andrés amigo?... ¿Sufres dispepsia... te has peleado con la suegra... te acorralan los acreedores?

Pero Andrés estaba demasiado desanimado para ceder a las cosquillas del infatigable vi-  
vidor.

Unos días después, Mosquín, parásito insignificante de la sociedad, tenía el alto honor de ser juzgado como un verdadero delincuente.

Levantóse el solemne presidente y preguntó:

—Mosquín, ¿tiene usted algo que contestar a lo que acaba de declarar el testigo Fer-  
roche?

El acusado se limitó a mirar con su pobre cara de idiota.

Levantóse el fiscal y empezó su peroración:

—El acusado señor... Mosquín, es un reincidente temible. Con ésta son treinta y siete las veces que se sienta en el banquillo... Si

se le absuelve, mañana hará el número treinta y ocho... Por lo visto, el acusado trata de batir el "record" de las detenciones... Dejo, pues, la sentencia, al criterio del tribunal...

El aludido parecía sonreír beatíficamente.

Tenía la palabra el abogado Andrés Rivoley, que se puso en pie gravemente, comenzando:

—Mirad, señores, esta honrada fisonomía... contemplad esos ojos llenos de inocencia...

Pero Mosquín dormía apaciblemente. Andrés lo sacudió violentamente, y el viejo abrió los ojos, inquiriendo:

—¿Qué pasa?... ¿Hay todavía para mucho rato?

Andrés continuó, imperturbable, su conmovedora defensa:

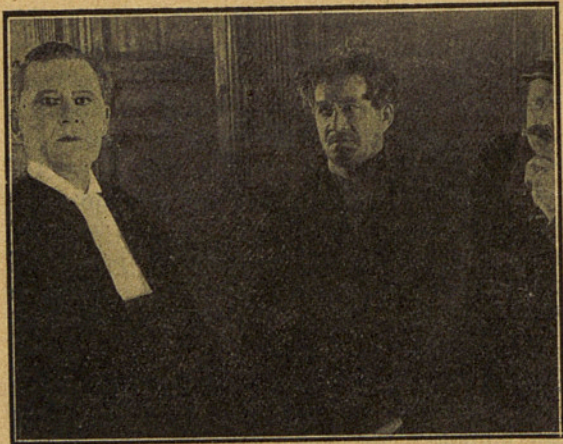
—...ese desgraciado es una víctima de la sociedad... ¿En qué escuela se ha educado este hombre? Su madre se embriagaba constantemente... Su padre..., ¿sabe alguien, ni él mismo, quién fué su padre?...

El abogado terminó su brillante discurso abrazando al mendigo. Este acto final fué decisivo, y al cabo de un rato el Jurado fallaba absolviendo libremente al inculpado.

Los togados desfilaban para estrechar la mano de Rivoley que acababa de obtener un magnífico éxito. Pero el infortunado objeto de la fiesta, que no se había enterado de

nada, preguntó, cogiendo el brazo de su defensor:

—Diga usted, señor... ¿Por cuánto tiempo me pondrán en la sombra?



—Mirad, señores, esta honrada fisonomía... contemplad esos ojos llenos de inocencia...

—¡Pero si está usted absuelto, querido Mosquín, *absuelto!*

Entonces el infeliz libertado levantó los ojos a una ventana, en cuyos cristales chorreaba la lluvia, y reflexionó amargamente:

—¡Con lo bien que se está aquí, volver al chubasco de la calle!

A aquella hora, en casa de Magda Lubin, entre "flirt", tazas de té y charlas de modas y de política, todo el mundo se interesaba por la suerte del pobre Mosquín.

Había una razón poderosa para que la divorciada Magda Lubin, prometida del abogado Andrés Rivoley, se interesase por el vagabundo desconocido: el ex-hombre se parecía asombrosamente a su ex-marido.

Y entretanto, en un corrillo se comentaba desfavorablemente ese interés de Magda por el mendigo:

—Creedme — aseguraba una dama—, esas relaciones de nuestra amiga con ese Mosquín, son un tanto misteriosas...

La aparición del abogado Andrés Rivoley en la puerta del salón atrajo la atención general. El joven venía abatido y contrito y su aire era el de una persona fracasada.

Magda lo miró con angustia. Pero Andrés, tendiendo las manos y riendo alegremente gritó:

—¡Absuelto!

—Has hecho una buena acción, Andrés — suspiró Magda, feliz.

Los invitados se apresuraron a ir a es-

trechar la mano del héroe y a prodigarle los plácemes más entusiastas por su éxito.

No obstante, un recalcitrante contemplaba a través de los cristales de la ventana la lluvia feroz, catapúltica, que inundaba las calles, y observaba:

—¿Una buena acción? ¿Cree usted?... Yo, por el contrario, me figuro que en el pellejo de Mosquín, maldeciría de mis protectores. Ese pobre diablo contaba ya, seguramente, con pasar el invierno en la cárcel... al abrigo del hambre, del frío, de la lluvia... Mientras que ahora...

Una desolación unánime aplastó a la asamblea. Aquella justísima reflexión acababa de aniquilar el regocijo general.

Magda miró preocupadamente a su novio y exclamó:

—No habíamos caído en eso, Andrés... Hay que encontrar a ese hombre... Tenemos el deber de ayudarlo...

—¿Pero es que te has vuelto loca? — imploró Andrés.

—Eres un hombre de piedra, incapaz de sentir un rasgo de humanidad.

La actitud de Magda era de las más resueltas e irrevocables. Andrés comprendió que era inútil todo intento de disuasión y dijo por fin, desesperado:

—¡Vamos, voy a ver si encuentro a ese

Mosquín del diablo!... ¿Pero dónde?... ¡He aquí el problema!...

Andrés Rivoley tuvo la suerte de encontrar al día siguiente al policía que aquella noche memorable había detenido al vagabundo, y apodarándose de él le declaró:

—Hay cincuenta luses para usted, si consigue encontrar a aquel Mosquín que yo defendí...

El policía aceptó la misión de buscar al desgraciado despojo, pero transcurrieron quince días en vanas pesquisas, y durante ellos, Andrés, por amor propio, se abstuvo de visitar a su prometida.

Se hallaba abstraído en su casa pensando en el conflicto que le planteaba el inexplicable interés de Magda por aquel miserable pordiosero, cuando un timbrazo telefónico distrajo sus cavilaciones.

Magda le hablaba por los hilos:

—Hace un siglo que no te veo, Andrés... ¿Qué es de tu vida?

—¿Y me lo preguntas?... Estoy buscando a Mosquín... a tu invisible Mosquín...

—¡Eres un ángel de bondad y de paciencia, querido! Yo ya no me acordaba ni de que hubiese un Mosquín en el mundo...

Andrés dejó caer el auricular, anonadado. Magda, acordándose de nuevo de su extraña manía por el vagabundo, manifestaba:

—Esta noche salgo para Biarritz... Cuando hayas encontrado a nuestro protegido, llévalomelo allí.

Después de esta comunicación, Andrés se desplomó desesperado en una butaca. ¿De modo que su propia diligencia en complacer los deseos de su amada había impedido que ella olvidase su capricho?

Aquella noche el joven abogado se entrevistó con el policía Melitón Feroche.

—Es necesario hallar a ese endiablado Mosquín, Feroche — dijo Andrés seriamente.

—¡Lo encontraré, señor Rivoley!... ¡Lo encontraré aunque se esconda debajo de la tierra!

—¡Tres mil francos para usted si me lo trae!

A la misma hora, en casa del ilustre Pum, se celebraba una de sus cenas y el alegre juerguista, vestido de apache, se complacía en evocar el tipo clásico de la Butte, bailando una pintoresca y ondulante "java" en unión de una de sus amigas.

A pesar de sus contrariedades amorosas, Andrés no podía faltar a la cena de su divertido amigo.

Este, cuando le vió aparecer, preguntó sin dejar de danzar con su compañera:

—¡Hola, Andrés!... ¿Y tu Mosquín? ¿Ya has encontrado a tu Mosquín?

Andrés se acercó examinando con atención a su amigo.

—¡Pum, querido Pum, inapreciable Pum! — exclamó por fin —; necesito que me prestes un gran servicio...

—Tú dirás — contestó el otro sin interrumpir su "java" apache.

—Es que con este traje y así, despéinado, tú no sabes lo extraordinariamente que te pareces a mi hombre...

Pum, atónito, dejó caer al suelo a su pareja. Luego, volviéndose a sus amigos, exclamó:

—¡Atención, muchachos! ¡Mosquín ha aparecido!

En todos los rostros se dibujó un asombro expectante.

—¡Soy yo quien va a reemplazarle — declaró Pum, que disfrutaba locamente.

Y Pum fué conducido triunfalmente a su tocador, donde al cabo de un rato el gran vividor se hallaba transformado en el pordio-sero Mosquín. Un sombrero viejo, un pañuelo atado al cuello y unos pelos blancuzcos pegados a la barba, habían obrado el milagro.

Pum se volvió para recibir la felicitación de sus amigos, admirándose él mismo:

—¿Verdad que estoy bien caracterizado?... ¡El mismísimo Mosquín en persona!

Más tarde, un auto se llevaba a Biarritz al

abogado Andrés Rivoley y a su amigo Pum, convertido en el vagabundo Mosquín.

Antes de penetrar en el "chalet" de Magda, Andrés advirtió a Pum:

—¡Por Dios, amigo mío! ¡Mira que cuento absolutamente contigo!

Y se apresuró a ir al encuentro de su novia.

—He venido porque no podía vivir sin verte, querida Magda... y además, porque te traigo a Mosquín—dijo Andrés, después de besarle las manos.

—¡Oh, qué dicha, querido mío!—exclamó Magda.

Y mientras tanto, debajo de la azotea en que conversaban los dos prometidos, Pum acababa de sufrir el porrazo más gordo de su vida: en Magda había reconocido a su ex esposa...

Magda, ignorante de que esta vez su protegido era su propio marido, indicó a Andrés:

—Ese pobre hombre debe estar muerto de hambre... ¿Quieres llevarlo a la cocina?

Andrés obedeció a su novia y fué a reunirse con Pum, para conducir al supuesto mendigo a la cocina.

Por el camino, éste preguntó con una consternación furiosa:

—Dime... ¿esa señora dices que es tu prometida?

—Mi prometida, sí, querido Pum... Está divorciada. Creo que su primer marido era un bruto que no andaba a cuatro patas por un verdadero milagro.

Pum bajó la cabeza.

En la cocina la servidumbre se preparaba a recibir al vagabundo, haciendo exclamaciones:

—¡Ese es Mosquín!... ¡Vaya una cara de pirata.

Cuando Andrés lo hubo dejado, los criados se precipitaron sobre el famoso sujeto, con el pretexto de servirle la comida.

Sus desplantes y su aire protector no tardaron en irritar a Pum, que ya se hallaba lo bastante malhumorado.

—¡Una servilleta!—ordenó, pegando una terrible palmada sobre la mesa.

El camarero que repantigado en su silla lo observaba despreciativamente, se levantó y trayéndole la servilleta tan imperiosamente pedida, insinuó contoneándose:

—Se está mejor aquí que en la cárcel, ¿verdad, perillán?

Pum, que se disponía a beberse un vaso de agua, arrojóla al rostro del impertinente criado. Luego, levantándose amenazadoramente, consiguió despejar la cocina logrando la soledad que tan necesaria era a sus dolorosas emociones.

Pero se presentó Andrés que acudía a felicitarle:

—Amigo Pum, esto marcha admirablemente...



—Se está mejor aquí que en la cárcel, ¿verdad, perillán?

Pum le miró severamente y se quejó, enérgico:

—Esto marchará todo lo admirablemente que tú digas, Andrés... Pero yo quiero volverme a París lo antes posible.

Entretanto, una digna comisión de sirvien-

tes declaraba solemnemente a Magda, después de referirle lo sucedido en la cocina:

—...en fin, señora, sentimos mucho decirle que debe usted elegir entre nosotros o un pordiosero.

Andrés, que se hallaba al lado de su prometida, se apresuró a intervenir, viendo en aquel caso una ocasión de libertar a su amigo de la farsa que le había obligado a representar:

—Yo creo que la elección no es dudosa, querida Magda.

—En efecto—respondió ésta, sonriendo—, no lo es... Me quedo con Mosquín.

Andrés se quedó horrorizado y la servidumbre desfiló altivamente.

Al cabo de un rato, el desfile pasaba ante Pum que meditaba frente al gran jardín de la villa, y el camarero, la doncella, la cocinera, el jardinero y la ayudante, dirigían una mirada de desprecio de despedida al pretendido Mosquín.

Andrés llegó a los pocos instantes:

—Gracias, amigo mío—exclamó—; el telón está a punto de caer sobre la farsa. Mañana podrás volver a París, a tu vida...

—Sí. Porque ya estoy hasta la coronilla de estar en esta casa. ¡Si hubiese sabido antes lo que aquí me esperaba!...

Andrés le acompañó a su habitación y Pum

se dispuso a tomarse el baño preparado para su amigo. Pero cuando empezaba a quitarse los zapatos, Magda llamó a la puerta.

—¡Corre, escóndete, Pum!—murmuró Andrés, azarado.

Y el supuesto Mosquín penetró precipitadamente en el baño del abogado.

Entonces Andrés contestó a las llamadas de Magda que ya empezaba a impacientarse:

—¡Puedes entrar, querida!

La joven tomó asiento y dijo al cabo de un rato:

—Andrés, voy a comunicarte lo que he pensado...

Pum, sumergido en el agua y coronado de jabón, escuchaba.

—...vamos a prescindir de criados y a reemplazarlos sólo con Mosquín... Será una vida enteramente de familia.

—Sí, sí... en efecto...—pudo apenas balbucir Andrés, petrificado de angustia.

A Pum, en el baño, se le cayó la esponja y se le abrieron terriblemente los ojos. ¿Qué había oído?

Pero la "vida de familia" proyectada por la excéntrica Magda, empezó, y con la vida de familia los apuros de Andrés y la rabia de Pum.

Este se había vendado la cara simulando un flemón para evitar que Magda, a quien amaba

cada día más intensamente, más perdidamente, le reconociese. Y el elegante "gentleman" de la ciudad, que tenía docenas de criados a sus órdenes y pasaba por todas partes como un triunfador, se vió reducido a los rastreros menesteres de la escoba, de la fregadera y del servicio.

Pero lo peor del caso era que tenía que asistir impasiblemente, impotentemente, al flirteo de su amigo y de su ex esposa, sin derecho a protestar ni a exteriorizar los celos que le roían el corazón.

Andrés sufría enormemente también con aquella situación tan cómica como grave, y procuraba atenuar en lo que podía la desesperación de Pum.

Aquella tarde, cuando éste hubo retirado el servicio de té de la mesita de la azotea en que Magda y Andrés gozaban de las delicias de un íntimo "tête-à-tête", el abogado siguió con un pretexto a su amigo hasta la cocina.

—¡Ayúdame!—rugió Pum, exasperado, dándole la vajilla que estaba lavando.

Después, gritó, iracundo:

—¡Si te veo otra vez haciéndole el amor a mi... a tu prometida, se acaban nuestras amistades! ¡No faltaba más!

Andrés se volvió sorprendido para replicarle, pero entraba Magda, y le faltó tiempo para

abandonar su baja ocupación y enjugarse las manos.

Y un día, mientras Magda y Andrés, junto a las pérfidas olas conjugaban una vez más el



*...tenía que asistir impasiblemente al flirteo de su amigo y de su ex esposa, sin derecho a protestar...*

verbo amar, el buen Pum aprovechaba su soledad para curiosear en las habitaciones de su antigua esposa, tan llenas para él de amados recuerdos.

Revolvió su "secretaire" y al coger una

carpeta saltaron del interior unos papeles. Pum se agachó para recogerlos y vió que uno de ellos era una fotografía tomada en los tiempos felices en los jardines de aquella mis-



*—¡Si te veo otra vez haciéndole el amor a mi... a tu prometida...*

ma villa, y en la que aparecía él del brazo de Magda, su querida mujercita...

Una suavísima emoción le invadió. Recostó la cabeza en la butaca y unas lágrimas de ternura inundaron sus mejillas.

Así le sorprendió Magda. Pum se levantó

inmediatamente y dirigiéndole una serena y larga mirada, salió del "boudoir".

Magda se acercó al "secretaire" y contempló la fotografía que Pum había dejado allí encima.

Miró profundamente la imagen sonriente de su ex esposo, y acordándose súbitamente de Mosquín exclamó:

—¡Es extraño!... Estas fotografías... ese extraordinario parecido... ¡Es muy extraño!...

Entretanto, un buen día, gracias a la casualidad, providencia de los policías, Melitón Feroche divisó al auténtico y verdadero Mosquín, contemplando el Sena desde la baranda de uno de sus puentes.

Melitón creyó volverse loco. Corrió hacia el mendigo y echándole vorazmente la zarpa, se lo llevó metiéndolo en un "taxi", a casa de Andrés Rivoley.

El criado que había quedado en el domicilio del abogado, dijo al policía que Andrés no estaba en París.

Melitón no se arredró por esto, y exclamó:

—¡Déme usted, entonces, su dirección, ¡caramba!... Necesito entregarle este pajarraco cuanto antes.

El *pajarraco*, automáticamente se dispuso a irse. El criado volvía con la dirección de Andrés Rivoley.

Y Melitón Feroche partió con su pasiva presa hacia Biarritz.

Mientras tanto, el pobre Pum, sintiendo despertarse demasiado violentamente su amor de



*Recostó la cabeza en la butaca y unas lágrimas de ternura inundaron sus mejillas.*

antaño, preparaba su fuga, y dejaba sobre el "secretaire" de su ex esposa un sobre a su nombre, en el que había puesto estas palabras:

*"Querida Magda: He leído en tus ojos que*

*me has reconocido, y por eso me voy. Pero debes saber que te quiero como antes, mucho más que antes..."*

Tomó su maleta en la que había guardado su disfraz de mendigo y fué a salir.

Pero entraba Andrés que le interrogó estupefacto al verlo dispuesto a dejarlo en un enorme apuro:

—¿Qué vas a hacer, hombre de Dios?

Pum le miró resueltamente, reconcentradamente, y explicó por fin:

—¡Me largo, me esfumo, me volatilizo!... ¡Aquí no permanezco ni un minuto más!

—¿Pero te has vuelto loco?... ¿Cómo quieres que yo le explique a Magda tu desaparición?

Esta, entretanto, hallaba la carta de su ex marido y sollozaba desesperadamente al recuerdo de su primer amor que había estado a punto de recobrar y que perdía de nuevo.

La carta de despidio de Pum, se prolongaba como una dolorosa confirmación a sus propios sentimientos:

*"...Nuestro divorcio fué una ligereza estúpida, de la que nos arrepentiremos toda la vida. Perdóname mi disfraz. Yo ignoraba que iba a encontrarme ante ti. Bien castigado estoy al ver que tu amor es ya de otro hombre..."*

Y en aquellos momentos, mientras Pum, acongojado y rendido, abandonaba la casa en que quedaba la mujer querida, Melitón Feroche llegaba arrastrando a su infeliz vagabundo.

En mitad del camino, al ver que un trozo de tela asomaba por el ajuste de la maleta, Pum la abrió y extrajo de ella su disfraz de Mosquín, arrojándolo al suelo.

Un minuto más tarde, aquel traje era recogido por el auténtico Mosquín, que, maravillado, lo cambiaba por los harapos que hasta entonces lo habían cubierto.

Melitón interrumpió su "toilette" llamándolo a grandes voces:

—¡Ven aquí, viejo perdido!

Mosquín, muy ufano con su flamante indumento, se reunió con el policía.

—¡Anda, entra en esta casa y preséntate al señor!—ordenó Melitón.

Mosquín vacilaba.

—¡Entra pronto!... ¡Te esperan para llenarte la panza, viejo loco!

Por fin el pobre vagabundo se atrevió a penetrar en la "villa".

Andrés no había tardado en encontrar un pretexto aceptable para explicar la fuga del supuesto Mosquín, y acto seguido había puesto su proyecto en ejecución, desparramando por el suelo de la habitación de Magda, to-

dos sus papeles, y abriendo de par en par todos los cajones. Después de unos minutos, Andrés contempló satisfecho su obra: la estancia ofrecía el aspecto de una habitación asaltada.

Luego salió. Y cuando al cabo de un momento llegó Magda, Andrés apareció, fingiéndose admirablemente escandalizado:

—¡Ahí tienes el resultado de tu loca fantasía y de tu excesiva caridad! ¡Mosquín te ha robado!

Pero en el marco de la puerta, los ojos asombrados de Magda y de Andrés acababan de descubrir la figura grotesca y la cara sonriente del desaparecido Mosquín.

Andrés se rehizo prestamente y afirmó su acusación:

—¡Ahí está!... ¡Lo ves?... ¡Viene a gozarse en su obra!

Después, dirigiéndose al estupefacto por Diosero, le increpó levantando los puños:

—¡Ladrón! ¡Miserable!... ¡Huye... huye de mi presencia o llamo a la policía!

El pobre imbécil, asustado, salió escapado de la habitación. Andrés fué tras él y alcanzándole en el pasillo, le reconvino:

—¿Qué necesidad tenías de volver?... ¡Ahora destruyes todos mis planes! ¡Vete... vete, por lo que más quieras!

Y Mosquín, aterrorizado, huyó al jardín, no

sin antes haber cogido de refilón, en la cocina, una buena tajada de carne que halló en una cacerola y haberse tragado media botella de vino que se había llevado consigo.

Pero Magda, que había salido detrás del que ella creía su querido marido, lo detuvo y le entregó, casi sin mirarlo, un papel que decía:

*"No quiero a nadie más que a ti. Vuelve a París, donde yo me reuniré contigo. ¡Vete!"*

Y Mosquín, encantado de la vida que tan halagadora se le mostraba, sonreía beatíficamente.

Por el sendero avanzaba Andrés, que se encontró con Magda, que iba sollozando.

—¿Qué te pasa, querida? Tranquilízate, mujer; pienso que ese miserable Mosquín está ya en manos de la policía...

Entonces Magda levantó la cabeza y pronunció firmemente:

—Andrés, te suplico que abandones esta casa y que olvides que fuí tu prometida...

Andrés intentó pedir explicaciones, pero la actitud de Magda era irrevocable, y juzgándolas inútiles el buen abogado se inclinó, retirándose y murmurando preocupadamente:

—¡No lo comprendo!... ¡Palabra de honor que no lo comprendo!

Entretanto, atraído por la voz del amor, Pum había deshecho su camino y regresaba a la villa en busca de su adorada Magda.

Se detuvo, desde lejos, ante ella, y apoyándose, conmovido, en un árbol, se descubrió respetuosamente.



*...Magda, que había salido detrás del que ella creía su querido marido, lo detuvo...*

Luego adelantándose hasta llegar a ella, se arrodilló y abrazándole las piernas, reclinó la cabeza en su regazo.

Magda, llena de un alegre asombro, le acarició apasionadamente la cabeza sin acabar de comprender. ¿Cómo era posible? Hacía un momento había visto a su marido astrosamente vestido en aquel mismo jardín, después de haberle escrito que se iba para siempre; y ahora lo tenía a sus pies, perfectamente trajeado y sin conservar nada del vagabundo anterior.

En cambio, Andrés, que al ir a volver atrás para rogar a Magda que le explicase su brusca declaración, había visto el cuadro de la reconciliación del matrimonio divorciado, empezaba a comprender.

Por fin, para facilitar la comprensión general, apareció el terrible Melitón Feroche trayendo a viva fuerza al verdadero Mosquín.

Una carcajada unánime acogió la inesperada presentación del célebre vagabundo, que aclaraba muchos puntos oscuros de todo aquel embrollo.

Y mientras Pum y Magda, abrazados, celebraban con risas gozosas aquel divertido comentario a su felicidad, Andrés Rivoley, hombre de mundo al fin, y de profunda tolerancia, perdonaba y se unía a la alegría de sus amigos.

FIN

**Próximo número:**

## **SIN RUMBO EN LA VIDA**

por el gran caballista y excelente actor

**Harry Carey (Cayena)**

Postal regalo: DOUGLAS FAIRBANKS (hijo)

**La Novela Film**

sale todos los martes.

Precio: 30 cts.

## **LEA USTED**

el libro 88 de la selecta BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

## **La novela de un joven pobre**

por **Suzy Vernon, Wladimir Gaidaroff,**  
**etc.**

Sea usted coleccionista de *Los Grandes Films*

**¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!**

## A los Lectores

**P**IDA en todos los puntos de  
venta de España y a todos  
los Corresponsales, los números  
que le falten para tener comple-  
tas las colecciones de las publi-  
caciones de

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

**!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!**

## A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los  
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal  
Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos  
Valiosos premios**

Pida  
detalles  
a

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**  
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA